

La familia es un contexto privilegiado para estimular la curiosidad, la imaginación, la fantasía... sólo hay que saber cómo hacerlo.

Hijos creativos

María Menéndez-Ponte
Escritora

Al reflexionar sobre este tema, me he dado cuenta de que no podría decir quién ha influido más en la creatividad de quien: si yo en la de mis hijos o ellos en la mía. En todo caso, lo que sí es cierto es que ellos han sido mis mejores maestros en este campo y que este aprendizaje ha sido y sigue siendo aún un proceso recíproco y apasionante. Y es que, a través de la creatividad, los hombres, en lugar de limitarnos a seguir unos patrones, inventamos nuestra propia realidad. Cuanto más haya de invención, más rico será nuestro mundo; en cambio, cuanto más nos acomodemos y nos empeñemos en repetir esquemas de comportamiento establecidos, más limitadas, pobres y tristes serán nuestras vidas:

¡No más sillón-ball!

Los hijos te obligan a sacudirse la pereza. Cuando ellos llegan a tu vida, no te queda más remedio que olvidarte de tu rutinaria vida de *adulto* (esa en la que la palabra *azul* no es más que un color y tu único deporte, el sillón-ball delante de la televisión), ponerte las pilas tanto física como mentalmente y dejarte arrastrar a ese mundo mágico y cambiante al que ellos te conducen cada día por intrincados laberintos. ¡Y bien vale el



P.L. Ruiz



esfuerzo! Porque ellos convierten tu vida en una fantástica aventura y te enseñan a contemplar el mundo cada día con ojos nuevos. De pronto ese árbol, esa casa o esa farola que se ven desde la ventana de tu casa y en los que nunca antes te habías fijado cobran vida, porque son fruto de un descubrimiento, como el de Colón cuando descubrió América, el de Edison cuando descubrió la luz, o el de Arquímedes en la bañera.

Sí, con tus hijos empiezas a descubrir el mundo como si lo estuvieras contemplando por vez primera. Descubres la capacidad de ver lo extraordinario en lo ordinario, de contemplar los objetos desde ángulos que nunca antes habías detectado, de percibir los cambios de las cosas, de leer su interior... Y ese saber mirar es el auténtico secreto para una vida creativa; claro que, como decía Sherlock Holmes, "Sólo se puede ver lo invisible si se lo está buscando", y eso es precisamente lo que hacen nuestros hijos: obligarnos a buscar lo invisible, a adquirir una percepción consciente de las cosas, a filosofar, a dudar, a imaginar, a fabular, a construir, o a maravillarnos de los procesos vitales más corrientes sobre los que nunca nos habíamos parado a reflexionar: la

adquisición del lenguaje, el papel que juegan los sentidos, el despertar de la razón...

Descubrir ese nuevo mundo te ayuda a ti, a tu vez, a descubrir facultades innatas tuyas que desconocías, talentos ocultos por el polvo y las telarañas, o sentimientos nuevos que te hacen vibrar, que te emocionan hasta lo más profundo de tu alma. ¿Y qué puedes hacer tú para corresponder a semejante derroche de regalos? ¿Qué menos que ayudar a tu hijo en sus conquistas diarias, ayudándole a abrir las ventanas que va descubriendo y poniéndole a su alcance nuevas ventanas que poder abrir!

Abriendo ventanas

Sólo tenemos que seguir los caminos que nos señala nuestro hijo para encontrar la ventana que debemos abrir, como Alicia con el Conejo Blanco. Por ejemplo, cuando tu bebé te mira a la boca fijándose en el movimiento de tus labios, como si absorbiera todas y cada una de tus palabras, tú te das cuenta de que es así como está adquiriendo la capacidad de desarrollar el lenguaje y, por tanto, le hablas claro y despacio, contándole todo lo que haces, repitiendo mucho cada palabra y utilizando toda clase de trucos, hasta que tie-

nes la certeza de que ha adquirido dicha palabra. Por ejemplo, "manos" (las partes del cuerpo juegan un papel esencial): se las acariciamos mientras repetimos la palabra, hacemos rimas sencillas con ligeros golpecitos y gestos que representen la acción:

Manos, manos: las juntamos.
Manos, manos: las acariciamos.
Manos, manos: aplaudimos.
Manos, manos: las besamos.
Manos, manos: las subimos.
Manos, manos: las bajamos.
Manos, manos: las abrimos.
Manos, manos: las cerramos.

Las manos son una de las partes del cuerpo de las que el niño adquiere antes conciencia, ya que con ellas coge los objetos, los palpa, se agarra a tu dedo, se las mira (por estar al alcance de los ojos desde su posición de tumbado), se las chupa, se palpa su propio cuerpo... Y en nuestras manos está que el descubrimiento de ellas no se agote en el hecho mismo de nombrárselas, sino que sigan siendo una fuente permanente de descubrimientos: con las manos podemos hacer múltiples sonidos (palmas, pitos, golpes en distintas partes del cuerpo...) y podemos dar un ritmo a esos sonidos y a ese ritmo le podemos inventar una melodía y así descubrimos la capacidad para hacer música; y con las manos podemos tocar objetos de diferentes tactos que le llevarán a conocer el valor de la palabra: suave, duro, blando, rasposo, ondulado, liso... y a ampliar su vocabulario; las manos están encima de la mesa; y a relacionar estableciendo múltiples comparaciones: tan suave como tu osito, tan duro como la pared...; y las manos pueden convertirse en marionetas y representar una función; y cada mano puede ocultar miles de historias, rimas, adivinanzas: un dedo tragón que engordó porque no paraba de comer, un

dedo mandón que creció más que los otros...; y con las manos podemos acariciar de múltiples maneras y hacer cosquillas, y con ello le estamos enseñando a vivir la sexualidad de manera creativa; y podemos ayudarlo a calcar su mano en un papel o simplemente marcar su huella y le estaremos enseñando el significado de la representación y ofreciéndole la posibilidad de convertirse en artista y pintar el mundo; y con las manos damos forma a la plastilina o al barro y nos convertimos en escultores, y hacemos figuritas con masa de hojaldré y recetas divertidas, y tocamos el tambor o el piano, y hacemos sombras chinas, y descubrimos el mecanismo de cómo funcionan las cosas... Las manos nos abren un mundo lleno de posibilidades, cada vez más complejo, que nos da pie a pensar: ¿qué pasaría si no tuviéramos manos? ¿y si nuestras manos fueran aletas, o alas, o tijeras, o molinillos? ¿En qué se diferencia una mano abierta de una mano cerrada? ¿Por qué podemos abrir y cerrar las manos? ¿Cómo es que la piel no se gasta nunca por más cosas que tocamos? ¿Qué pasaría si las manos fueran blandas, sin huesos? ¿En qué se diferencia tu mano y la mía? ¿Por qué si nuestras manos son distintas las dos se llaman manos? ¿Qué podemos decir de una mano?...

Si queremos que el niño no pierda su curiosidad inmanente, fundamento de todo proceso creativo, tenemos que lograr que en su vida haya siempre más preguntas que respuestas, aunque nos resulte difícil ponernos a su altura, ya que entre los cuatro y los cinco años llegan a formular un promedio de treinta y seis preguntas a la hora. Pero, si queremos formar mentes curiosas y creativas, siempre será mejor contestar a sus preguntas con una nueva que le haga pensar y le obligue a resolver por sí mismo la suya que darle una respuesta cansi-



DigitalViston

na que no sólo no le satisface sino que le hace perder el interés por las cosas. Yo siempre les he hecho montones de preguntas a mis hijos a lo largo del día, aprovechando la película o serie de televisión que veíamos (¿Por qué te gustan tanto los Simpson? ¿Cuál es el que más te gusta de todos ellos y por qué? ¿Cómo definirías a Hommer con una sola palabra? ¿Y a Bart? ¿Cómo crees que hacen los dibujos animados?), al hilo de las noticias del periódico (¿por qué crees que Bush decidió declararle la guerra a Irak?), a partir del cuento que les leía por la noche (¿qué hubieras hecho tú si te hubieras perdido en el bosque? ¿cómo se le pasaría el miedo al protagonista? ¿qué le dirías para que no se preocupara por su físico?...), dando un paseo por el campo (¿por qué crees que las flores despiden tanto perfume? ¿por qué zumban los moscones? ¿por qué a los árboles se les caen las hojas en otoño? ¿a qué animal pertenece ese sonido?...).

Educación de los sentidos

Despertar la sensibilidad del niño y educarla es otra tarea importante si queremos desarrollar su creatividad; no es necesario empeñarnos en convertirlo en un artista (sólo algunos llegarán a serlo), pero aproximarse al mundo desde

la mirada del artista le ayudará a buscar soluciones creativas en su vida; y almacenar cultura y belleza en su memoria le proporcionará esa riqueza interior indispensable para crear. La música y la danza, los museos, los viajes, la historia de los pueblos, el folclore, el cine... Todo ello debe formar parte de su mundo. Y no me diga que su hijo pequeño se aburre en los museos porque yo los he llevado hasta con dos años y medio. Al mayor de los cuatro, recién llegados a Nueva York, lo llevamos a los Cloisters. Le hice creer que estaba visitando el castillo de Blancanieves y disfrutó tanto como si hubiera ido a Disneylandia. Sólo es cuestión de echarle un poco de imaginación y ganas. Los recursos que he empleado con mis cuatro hijos en los museos y galerías de cuadros han sido numerosos, según el lugar, la edad y el momento: así, por ejemplo, meternos en el cuadro que veíamos y decir qué sentíamos; describir ese mundo dentro del que estábamos, adónde nos llevaría, comentar el cuadro con ellos: qué nos atraía más, por qué nos gustaba o no, qué colores dominaban, cómo eran los sentimientos de las personas que aparecían, por qué habría elegido el artista pintar precisamente ese cuadro...; otras veces llevaban un cuaderno y hacían boces



tos de algunos cuadros o trataban de copiar uno de ellos, o se fijaban en un cuadro para contárselo a los demás al llegar a casa con todo lujo de detalles. Ninguno de ellos ha llegado lejos en la pintura (los genes cuentan): el mayor parecía dibujar con un palo en lugar de un lápiz. Verónica traspasaba el papel de tanto apretar y Diego fue un fau- vista incomprendido; únicamente Álvaro, el segundo, cuando estaba en 7º de EGB hizo varios cómics muy simpáticos; uno de sus personajes, Retoñito, ha quedado immortalizado con gran éxito en una de mis novelas. Pero todos aprecian el arte y lo disfrutan.

Luego están los viajes: podemos arrastrar a los niños por ciudades y pueblos del mundo con desgana, como si fueran sacos de patatas, o vivir apasionantes aventuras con ellos: imaginando cómo era la época por las huellas que nos han dejado, sintiéndonos señores del castillo o reos en las mazmorras. Recuerdo que en un viaje que hicimos por Francia, después de visitar Avignon, Diego, el más pequeño, que tenía entonces tres años y debía de estar ya un poco harto de visitar tantas tumbas, comentó: "Ya veo que esta es la ciudad de los Papas muertos, pero ¿dónde están los vivos?". Sin embargo siempre han querido sumarse a nuestros

viajes. Tienen más peligro que Willy Fog con un abono de transportes. ¡Pobres de nosotros que nos atrevamos a irnos sin ellos!

La educación musical, en cambio, ha dado mejores frutos que la pictórica, porque había más aptitudes. Desde que eran pequeños los inicié en el ritmo, la danza y el aprendizaje de un instrumento, y los llevamos a numerosos conciertos, ballets y musicales. Diego, con tres años, se sentaba al piano y, acompañándose de él, inventaba cuentos musicales (un ogro que se paseaba por las notas graves o un pajarito que pedía ayuda trinando por las agudas). Ahora va a la Escuela Creativa de música y ha compuesto varias piezas de jazz y de pop para un grupo que tiene, después de haber abandonado una prometedora carrera como cantante lírico. También el mayor ha resultado un genio de la guitarra, con la que ha dado varios conciertos y compuesto un sinnúmero de canciones y temas musicales. El segundo toca el saxo (ahora lo tiene un poco abandonado por falta de tiempo) y la niña ha bailado varios ballets y toca piezas clásicas en el piano.

También han dado sus frutos la lectura y la escritura. Desde que eran pequeños hemos leído cuentos, poesías y teatro; poniendo voces, representándolos, comen-

tándolos... hemos inventado historias que duraban días, obras para guiñol, guiones de cine... Jesús Garrido se maravilló un día que vino a comer a casa y vio caer de un árbol a una princesa, dos mosqueteros, una pantera rosa... y salir corriendo por el jardín como seres encantados. Pero el caso es que todos ellos han hecho sus pinitos en la escritura: desde el mayor, Antonio, que publicó su primer artículo en *Padres y Maestros* y ha publicado otros muchos de tema económico, tanto en español como en inglés, ahora va a publicar su primer libro: "Una guía práctica para invertir en Portugal" (también se puede ser creativo al frente de un despacho de abogados), hasta Álvaro que, además de algún que otro poema cuando era pequeño, ha escrito ya bastantes artículos para *El Correo Gallego* y para una web de jóvenes en internet (acaba periodismo este año), o el concurso de cuentos que ganó Verónica en el colegio o el pregón que escribió Diego cuando tenía ocho años para una misa de Navidad, además de un artículo en *Padres y Maestros* sobre sus dificultades por haber nacido prematuro y ahora está escribiendo una novela-ensayo con todo tipo de reflexiones sobre la vida, la locura y la muerte.

No sé si la vida de alguno de ellos, como la mía, se inclinará por la vocación literaria, pero lo que sí es evidente es que aprender a usar la imaginación, además de hacerles muy creativos en sus respectivos trabajos, les ha proporcionado una riquísima vida interior: jamás se aburren, pueden pasar tardes en casa la mar de felices, ya sea leyendo, tocando, componiendo, escribiendo, viendo una buena película o diseñando una página web. ■